

Una obra inédita de Carlos Prince

Por el R. P. Julián Heras, O. F. M.

Entre varias obras manuscritas —y seguramente inéditas— existentes en la biblioteca del Convento de Ocopa, se conserva una obra inédita de Carlos Prince. Como la figura de este ilustre bibliógrafo e impresor es de sobra conocida, me ahorro el tratar aquí de su importante labor bibliográfica. Además de las numerosas obras que llegó a imprimir, es sabido que dejó inéditas algunas más, como la que ahora tengo el agrado de dar a conocer a los estudiosos. Se trata de la *segunda edición*, “revisada y considerablemente aumentada”, de la obra que lleva por título: “*Libros doctrinarios soq̄is soq̄ ap souw̄uēuaw-pns soq̄ipuj soq̄ə̄n̄ip̄ ʌ soūoip̄i uə v̄zuw̄əsua əp ʌ XVI, XVII y XVIII*” por Carlos Prince, Lima, 1900, xi, 80 p.; mas 11 de “Apéndice” sobre el “Misionero”; mide 33 por 22 cm. y está escrita a mano seguramente por el mismo Carlos Prince. La letra es grande y se deja leer fácilmente. Al texto manuscrito, que es considerable, ha intercalado el texto impreso de la primera edición.

Ignoro cómo ha llegado a Ocopa este manuscrito, pero parece que anteriormente ha estado en la biblioteca de los Descalzos de Lima, pues está marcado con el sello de dicha biblioteca. Desconozco igualmente cómo llegaría ahí; quizá, aventurando una opinión, fuera donación del mismo Prince a algún religioso de ese convento.

En cuanto al contenido, como el título lo indica, trata Prince de dar, por orden cronológico, la producción bibliográfica en las lenguas y dialectos de la América hispana; producción escrita en su mayoría por los misioneros de las distintas Ordenes durante la época colonial, como gramáticas, vocabularios, catecismos, confesionarios, sermones, etc.. Y como posiblemente no haya ninguna otra copia de este manuscrito, de ahí la importancia de dar a conocer esta obra inédita de Carlos Prince, sobre todo para los investigadores de la lingüística indígena americana.

Sobre el origen de esta obra, el mismo Prince nos lo dice: “El manuscrito de esta obra ha sido aprobado por la Sección de Antropología del Congreso Científico Latino-Americano celebrado en la ciudad de Buenos Aires en 1898, y publicado en el tomo V de los *Anales* de ese mismo Con-

greso; pero, para la presente reimpresión de esta obra la hemos ampliado considerablemente con anotaciones y datos que hemos adquirido posteriormente, y, por consiguiente, esta reimpresión es mucho más completa que el original inserto en el tomo V de los referidos *Anales*. El Prólogo que precede tampoco se halla incluido en los *Anales* del susodicho Congreso Científico Latino-Americano”.

La parte impresa, pues, corresponde a la primera edición que publicó en los *Anales* (tomo V) del citado Congreso y la parte manuscrita a lo ampliado posteriormente por Prince y que lo tenía listo para la imprenta en 1900, pero que no llegó a publicar.

A la obra propiamente dicha sigue un “Apéndice” dedicado al “Misionero”, en el cual rinde su homenaje de admiración a todos los misioneros en general, pero muy especialmente a aquellos que derramaron su sangre en la selva peruana, guiados por el único ideal de ganar para la religión y la civilización los habitantes de tan extensas regiones. Llevado de este fervor hacia el misionero, no es de extrañar que Prince tenga a veces algunas expresiones un tanto fuertes contra los selvícolas.

Nuestro deseo hubiera sido publicar íntegramente toda la obra; pero en la imposibilidad de hacerlo nosotros y mucho menos en una Revista (quizá por entregas sí se podría hacer), pues el espacio no lo permite, por ahora solamente daremos a la luz pública el “Apéndice”. Si alguna persona o institución con más posibilidades que las mías se animara a hacerlo, sepan que en Ocopa tienen a su disposición esta obra inédita de Carlos Prince.

EL MISIONERO

Por Carlos Prince

Si la conquista del continente hispano-americano ha sido de fácil realización, debido es, en gran parte, a que los Misioneros han vencido los obstáculos de esa conquista con un heroísmo y una abnegación ejemplar, pues no les ha arredrado ni las tupidas selvas, ni las flechas envenenadas de los salvajes bravíos, ni los peligros de los ataques de las fieras, pudiéndose [decir], sin exageración alguna, que la conquista ha sido el fruto del más puro celo religioso, y que se llevó a cabo con la Cruz aunada con la Espada.

Inmaginable es el sacrificio tan heroico y desinteresado que hace aquel que se decide a abrazar la verdadera vocación del sacerdocio, y, sobre todo, para aquel que se resuelve a entregarse a las abrumadoras penurias del Misionero, porque en ese último estado, abandona voluntariamente el hogar doméstico y se aleja para siempre del seno de sus queridos padres,

de sus relacionados, de su amigos, dirigiendo un eterno adios a los encantos y a los honores de este mundo, para tomar el cayado del peregrino, cruzando solitario las escabrosas sendas pobladas por infieles, soportando, con resignación, la intemperie, la adversidades, las tribulaciones, las persecuciones, y por fin, expuesto a morir traspasado por la flecha del salvaje.

Y en verdad que la vida del Misionero es una continua cadena de sufrimientos porque desde que sale de su convento para dar principio a su regeneradora y santa misión, se resigna a andar a pie casi descalzo miles de leguas, subiendo y bajando escabrosas sierras, transmontando peligrosos despeñadero, cruzando unas veces dilatados y abrasadores desiertos de arena y otras veces cruzando espesas selvas de abrojos y tupidos bosques de árboles seculares que son refugio de fieras y animales dañinos, vadeando caudalosos ríos, sufriendo torrenciales lluvias acompañadas de truenos y rayos que se desencadenan en la Cordillera, careciendo mucha veces de alimentos, viéndose obligado a mantenerse de raíces y frutas silvestres, sin más abrigo que su ropa hecha jirones, transido de frío en las punas, en fin, afrontando los mayores peligros, sin amparo alguno, sin consuelo ni alivio humano y expuesto a ser herido o muerto por las flechas de los indómitos salvajes; todas estas penalidades morales y físicas, que quebrantan su naturaleza, las soporta el abnegado Misionero, ese gigante de corazón y constitución hercúlea, tan sólo por el consuelo y la satisfacción de poder convertir a infinitos indios y reducirlos a la fe del Cristianismo.

El Misionero, en el desempeño de su piadosa misión, es, puede decirse, un enviado del Cielo, que no tiene otra norma de conducta que amansar bárbaros, civilizar salvajes y conquistar infieles para conculcarles los divinos preceptos de la religión cristiana.

Todo para el Misionero es un incomparable sacrificio, para el cual no recibe premio alguno en este mundo, sino es la gloria eterna que se conquista en el Cielo.

Un distinguido escritor nacional contemporáneo, al hablar de los Misioneros, exclama con acierto: "No puede darse nada más noble ni más abnegado que renunciar por amor a Dios y al prójimo, a los halagos y comodidades de la vida y entre lugares mortíferos, combatidos por todos los elementos de la naturaleza y por el salvajismo de los hombres en estado de barbarie; muchas veces sin pan y sin abrigo, sin descanso, sin seguridad de la vida, perdidos en la espantosa soledad de la montaña; víctimas frecuentemente de la furia de las fieras o del canibalismo; y todo por llevar, a costa de la propia existencia, a otros hombres la luz del pensamiento, de la religión y del progreso; es virtud, ciertamente, la más sorprendente y respetable . . . Los franciscanos y los jesuitas, en el Perú, no sólo hicieron mucho por la salud espiritual y corporal de los indios, sino que han prestado inmensos servicios a la geografía, a la etnografía y aun a la filología patria, pues a ellos casi exclusivamente se deben las exploraciones de aquellas regiones y

el conocimiento de aquellas tribus que viven encerradas dentro de la más imponente esplendidez de una naturaleza tan rica como abrumadora" (1).

Las Ordenes religiosas, principalmente las abnegadas y austeras de San Francisco de Asís y de San Ignacio de Loyola, extendieron sus misiones por las zonas que se dilatan desde México hasta el Cabo de Hornos, habitadas por tribus salvajes, para propagar entre ellas la religión católica, de cuyas tribus algunas se componen de bárbaros bravíos y aun caníbales; y eso en medio de mil sufrimientos y sinsabores que soportan con la mayor resignación, pues a más de carecer muchas veces de lo más indispensable para la conservación de la existencia, su misma vida se halla constantemente en peligro, viviendo, como viven en medio de hordas infieles, que muchas de ellas no tienen los menores sentimientos de gratitud y humanidad.

Muchos de esos apóstoles del Cristianismo recibieron, en premio de sus cruentos sacrificios, la corona del martirio, inmolados con alevosía y traidoramente por esos bárbaros.

*

* *

Para comprobar lo dicho, basta citar tan solo los nombres de algunos de los Misioneros del Perú que han sacrificado abnegadamente sus vidas en loor de la Religión Cristiana.

El dominico Fr. Vicente Valverde, que desempeñó un rol tan señalado en los comienzos de la conquista española, fue el primer mártir de estos reinos, pues al dirigirse, en 1541, a la isla de Lampuna (nombre que los conquistadores alteraron con el de La Puná) en el golfo de Guayaquil, para convetir la tribu de los Huancavilcas, recibió de aquellos caribes la radiante corona del héroe cristiano y la palma inmarcesible del invicto mártir del cristianismo, pues murió descuartizado por esos antropófagos, que se alimentaron con las carnes de su víctima; éste lúgubre suceso aconteció el 31 de octubre de aquel año.

El agustino Fr. Diego Ortiz estableció la Misión de Vilcabamba, donde vivía entonces el Inca Túpac-Amaru, quien al principio lo recibió con benevolencia; mas luego el Inca cambió en odio el afecto que le tenía, y viendo los indios que el Inca miraba con desdén a este santo misionero, dieron en injurarlo, perseguirlo y matar a los niños que bautizaba; luego procedieron a martirizarlo dándole crecido número de azotes, haciéndole beber líquidos mezclados con inmundicias y pasándole una soga por ambos carrillos; y como el Inca mandó que le acabaran de matar, le introdujeron un palo que le atravesó las entrañas, expirando en seguida; este hecho bárbaro aconteció en 1568, según unos, o en 1571, según otros.

1. JAVIER PRADO Y UGARTECHE: *Estado social del Perú durante la dominación española*, págs. 83, 84 y 85.

El jesuita P. Rafael Ferrer, fundador de la Misión de San Borja, después de haber permanecido nueve años entre los Cofanes de la Montaña del Ecuador y los Huambisas de las márgenes del río Santiago, fue matizado por estos bárbaros, en 1611, y arrojado en seguida a este río.

Los franciscanos Fr. Jerónimo Jiménez, limeño, Fr. Cristóbal Larios, iqueño, y veintiocho españoles más que los acompañaban fueron todos muertos alevosamente el día 8 de diciembre de 1637, por los salvajes campas, en el pueblo de Anta, de la Montaña de Tarma.

Los franciscanos Fr. Matías de Illescas, Fr. Francisco Piñas, Fr. Pedro de la Cruz y dos legos más, murieron, en 1641, en manos de los bárbaros Shipibos de las márgenes del río Ucayali, cerca de la embocadura (*sic*) del río Aguaytia.

Los franciscanos Fr. Alonso Caballero, otros dos religiosos cuyos nombres se ignoran, y tres legos más, perecieron martirizados por esos mismos bárbaros Shipibos, en 1657, en las márgenes del caudaloso Ucayali,

El jesuita P. Francisco Figueroa, natural de Popayán, fue degollado, en 1666, en la boca del río Aypena por los salvajes Cocamas de la provincia de Maynas.

Los franciscanos Fr. Francisco Mejía, Fr. Alonso de la Madrid, Fr. Alonso Acevedo, y cinco legos más, perecieron, en 1670, en manos de los infieles Callisecas, de las márgenes del río Ucayali, en circunstancias de haber hecho estos indios irrupción al pueblo de los Payansos, donde residían estos religiosos.

Los franciscanos Fr. Francisco Izquierdo, Fr. Andrés Pinto, fundadores de la Misión de Pichana, fueron martirizados y muertos bárbaramente el 4 de setiembre de 1674, por los indómitos indios Campas, en la Montaña de Andamarca.

Los franciscanos Fr. Francisco Carrión y Fr. Antonio Cepeda fueron ahogados en el mismo año de 1674, también por los indios campas, en el río Perené.

El jesuita P. Pedro Suárez, natural de Cartagena de Indias, fue victimado a lanzazos, en 1680, por los indómitos indios Abijeras de Maynas y del Amazonas.

Los franciscanos Fr. Manuel Biedma, Fr. Francisco de Vargas, Fr. José de Soto, Fr. Pedro de Alvarez y Fr. Pedro Laureano fueron asesinados en Sonomoro, en 1687, en las márgenes del río Perené, por los indios Piro y Omaguas.

Los franciscanos Fr. Manuel Biedma, Fr. Francisco de Vargas, Fr. José de Soto, Fr. Pedro de Alvarez y Fr. Pedro Laureano fueron asesinados en Sonomoro, en 1687, en las márgenes del río Perené, por los indios Piro y Omaguas.

Los franciscanos Fr. Blas Valera, Fr. Juan Zavala y Fr. Francisco Huertas fueron muertos traidoramente, en 1694, por los salvajes indios Campas, de las márgenes del río Quimiri.

Los jesuitas P. Enrique Richter y P. Cipriano Barraca fueron traidoramente asesinados, en 1695, en el Ucayali por los feroces Piros-Mascos.

El capuchino Fr. Francisco de Tauste fue envenenado, en 1698, por los indios Chaymas y Cumanagotos, de las misiones de Cumaná.

El franciscano Fr. Jerónimo de los Ríos fue muerto cruelmente en Tulumayo, en 1704, por los antropófagos indios Cashivos, de las misiones de Panataguas, asegurándose que después se lo comieron asado.

Los franciscanos Fr. Juan Delgado y Fr. Tomás de San Diego fueron sacrificados por los salvajes Campas, cerca de Pichana en 1718.

Los franciscanos Fr. Fernando de San José fue muerto a flechazos el 10 de mayo de 1724 por los indios salvajes Mochuvos y Piros.

Los franciscanos Fr. Lucas de Jesús y Fr. Tomás de San José fueron vilmente asesinados en Catalipango, el día 13 de mayo de 1724, por los bárbaros indios Campas.

El franciscano Fr. Angel Gutiérrez, en 1726.

Los franciscanos Fr. Marcial Bazo (debe ser Manuel Bajo), Fr. Alonso del Espíritu Santo y Fr. Cristóbal Pacheco fueron martirizados y muertos en Sonomoro, en 1737, por los indios Andoas encabezados por el cacique de Catalipango llamado Ignacio Torote.

El franciscano Fr. Juan de la Marca, francés. fue muerto alevosamente por los bárbaros indios Cashivos, en 1737, en las cercanías del río Manoa (2).

Los franciscanos Fr. Domingo García, Fr. José Cabanes y un donado, del convento de Ocopa, fueron inmolados, en 1742 ó 1743 (lo primero) por los pérfidos indios Amages del Cerro de la Sal, cuando la formidable sublevación de fingido Inca Juan Santos (que al efecto tomó el sobrenombre de Inca Atahualpa).

Los franciscanos Fr. Manuel Albarrán, Fr. Fernando de Jesús y un donado fueron muertos traidoramente a flechazos, en 1747, a orillas del río Apurímac, por los pérfidos indios Campas.

El franciscano Fr. Antonio Cabello fue victimado en 1757 por los bárbaros indios Shetebos, a orillas del río Huallaga.

El Franciscano Fr. Francisco Francés, del convento de Ocopa, fue muerto traidoramente, en 1763, por los indómitos indios Cashivos, aliados al efecto con los indios Conibos.

Los franciscanos Fr. Roque Aznar y Fr. Manuel Ranero murieron, en 1766, en manos de los indios Shetebos en el río Tamaya, afluente del Ucayali.

Los franciscanos Mariano Erranz, Fr. Manuel de las Animas y Fr. José Caballero fueron victimados también en 1766 en el pueblo de Santa Bárbara de Achani por los indios Shetebos.

2. Acá está equivocado Prince, pues este Padre no fué martirizado; además murió en 1735.

Los franciscanos Fr. Francisco Jiménez, Fr. Andrés Bernal, Fr. Alejandro de las Casas y Fr. Hipólito de Jesús, del convento de Ocopa, fueron ahogados, en 1766, en el río Ucayali por los salvajes Conibos y Shipibos de la provincia de Manaos, que se habían unido para atacar las Misiones dirigidas por estos sacerdotes.

Los franciscanos Fr. José Jaime, Fr. Antonio Gorostiza y el donado Mauricio de San Francisco, también del convento de Ocopa, fueron, como los anteriores, muertos y arrojados al río Ucayali por los indios conibos, igualmente en el año de 1766.

Los franciscanos Fr. José Miguel Salcedo, Fr. Juan de Dios Fresneda, Fr. Juan de Santa Rosa, Fr. José Menéndez y Fr. Manuel de San Pablo, del mismo convento de Ocopa, recibieron la muerte en su Misión de San Miguel, en el mismo año de 1766, de manos de los indios Shipibos y conibos de la provincia de Manaos (3).

Los jesuitas P. Nicolás González, arequipeño, P. Miguel Pantigoso y P. Juan de Avila perecieron en 1787 en manos de los mismos indios de las misiones de Tarija, que dirigían estos sacerdotes.

El jesuita P. Cipriano Barraca, fundador de las misiones de los Mojos, fué martirizado y victimado por los bárbaros infieles que componían estas misiones.

El agustino Fr. Agustín Hurtado, limeño, recibió el martirio de manos de los salvajes Ninarbas, de la Montaña de Huanta.

Los franciscanos Fr. Juan Crisóstomo Cimini, Fr. Feliciano Morentín y el lego Fr. Amadios Bertona fueron asesinados en Chaimacota, en las márgenes del río Tambo, en 1852, por los infieles campas.

El agustino Fr. Santiago Calle y el lego Fr. Villajolí son victimados por los indios Aguarunas en el Alto Marañón en 1903.

Y tantos y tantos otros mártires cuyos nombres no ha conservado la historia han sido víctimas del barbarismo de los salvajes de las selvas.

En el archivo del Colegio de Propaganda Fide de Ocopa se encuentran documentos que acreditan que la predicación de la fe entre los infieles de las Montañas, ha motivado una muerte desastrosa a más de doscientos misioneros franciscanos.

Empero, a pesar de tantos sufrimientos y trabajos que los Misioneros soportaron en el desempeño de su regeneradora misión, ellos han sido los fundadores de innumerables pueblos indígenas, los que talaron las

3. Es notable la pérdida que en este año de 1766 ó 1767, pues no se sabe a ciencia cierta, sufrieron las misiones franciscanas; en esta ocasión dieron su vida en la selva peruana ocho padres y nueve hermanos legos, más numerosos indios cristianos. Les rendimos nuestro fervoroso homenaje al cumplirse el segundo centenario de su gloriosa muerte. Todos ellos eran del Convento de Ocopa. Con razón pudo escribir Riva-Agüero: "Estos recuerdos de la sangre vertida en las selvas por los misioneros de Ocopa, constituyen efectivamente las ejecutorias de nobleza del Monasterio y los mejores timbres de su historia" (RIVA-AGÜERO, J. de la, *Paisajes peruanos*, Lima, 1955, p. 165).

montañas, que cultivaron las tierras, que pacificaron y sojuzgaron las tribus más indómitas, y que salvaron la historia, las tradiciones y las lenguas de América.

Un publicista americano contemporáneo (Aristides Rojas) ha dicho: "La llegada de los misioneros a América, trayendo la Cruz por divisa y por misión la doctrina, hubo de echar por tierra el hacha del verdugo, detener los estragos de la guerra, dar tregua al espíritu aventurero, sostener la autoridad vacilante y atraer, con la caridad y mansedumbre evangélica, las poblaciones indígenas que, de pie sobre sus progenitores y sostenidos por la justicia, sabían morir en defensa de sus hogares y de su patria".

* * *

La vida del misionero es una verdadera vía crucis, que puede sintetizarse en pocas palabras:

¿Qué es lo que busca para sí? —Fatigas, sufrimientos y sacrificios, guiado tan solo del deseo de procurar el bien y la verdadera felicidad de sus hermanos en Jesucristo.

¿Cuál es su pasión? —Una sola, la de la caridad evangélica.

¿Cuál es su móvil? —El deber que siembra de espinas su camino.

¿Cuál es su desinterés? —El desprecio de los bienes terrenales y la abnegación llevada hasta el heroísmo.

¿Cuál es su objetivo? —Redimir e ilustrar la humanidad y conquistar almas para el cielo.

¿Cuál es su ansia? —Rendir su existencia en aras de la fe y la civilización cristiana y fecundar con su sangre los lugares incultos de la barbarie.

He aquí la vida agitada, la labor abrumadora y constante, y la tarea del abnegado Misionero.

¡Loor eterno a esos infatigables soldados del Cristianismo!